

Extendió sus brazos en la cruz

Catequesis mistagógica de los sacramentos de la Iniciación

Marcelino Legido López

Camino 98-99
Batua/ Ruhengeri/ Torrejón/ Salamanca

1. Extendió sus brazos en la cruz

Camino nuevo y vivo, al misterio de los sacramentos
del crucificado Señor de la gloria

El niño estaba a la puerta, asomándose con los ojos abiertos. Esperaba a su padre que venía del trabajo. Pero el padre venía todavía con más amor, esperando encontrarse con su hijo pequeño. Y ¿qué pasó? Pues al llegar le dio un abrazo, estrechándole contra su corazón. Y cansado, con las marcas del trabajo, señales vivas de su amor, le sentó a la mesa a su lado, con los hermanos alrededor. Venían del camino y mañana, desde la mesa, al amanecer, saldrán otra vez al camino.

El primer abrazo que el padre dio a su hijo pequeño fue al nacer, cuando le pasó la vida y le dio familia, mesa y camino. En el corro de los hijos y de los hermanos, en un mismo amor. Pasarán los años y, al empezar a ser joven, le dará otra vez un abrazo fuerte. Ahora tiene que ayudarlo a llevar adelante la familia y a traer pan a la mesa y a reforzar la marcha del camino. Estos abrazos son gestos que se ven de un amor que no se ve. El amor en los gestos se da y se deja ver, oír y palpar. Se ve lo invisible. **Los sacramentos son los signos visibles de la Gracia invisible.**

Cuando nosotros llegamos a la Iglesia, nuestra casa común, el Padre nos espera con los brazos abiertos. Y ¿dónde le vemos? En los brazos de Jesús, su Hijo mayor, clavado en la cruz. Quien le ve a él, está viendo al Padre. Ve su rostro vuelto a nosotros y sus pies enclavados para esperarnos, y sus brazos extendidos para abrazarnos. Con el aliento de su Amor, nos estrecha contra su corazón, y nos sienta a la mesa en el corro de su familia, y nos parte el pan que nos aúna y encamina. Este es el sacramento, el gran misterio de amor escondido y desentrañado.

El primer abrazo que nos da en la mesa, en el corro de hermanos, es el bautismo. Al abrazarnos, en el agua, nos pasa a su vida y nos adentra en la familia y nos sienta a su mesa, y nos da la mano para el camino. Pasarán los años y, al empezar a ser jóvenes, nos dará otro abrazo fuerte: el sacramento de la confirmación. Ahora nos allega más a su corazón, con el aliento de su Amor, para que le ayudemos a llevar adelante su familia y traigamos pan a la mesa, para todos y sobre todo para los pequeños, y para que le acompañemos arrimando el hombro en el camino. **El Bautismo, la confirmación y la eucaristía son los sacramentos de la iniciación cristiana.**

CM 1/Torrejón/1-11-1998

2. ¿En dónde se ve pasar el último amor?

Palabra viva: Juan 19,30-37

El padre vino cansado del campo. Estaba terminando su camino de amor. Agotado y herido. Se sentó a la mesa y dijo: “estoy muerto”. Pero vinieron todos a la mesa y se llenó de alegría. El amor del corazón le hizo vivir más todavía. Se sentó a la cabecera de la mesa, le brillaba el rostro. Había calor vivo en sus manos abiertas y extendidas. Todos hicieron corro. Los pequeños a su lado. Les contó la historia de su vida entera, se sacó el pan de su cuerpo, lo partió y se lo dio a todos. Y les dijo: con la fuerza de este pan estáis unidos y sentados a la mesa y alentados para el camino. Acogedlo, vividlo. Haced vosotros lo mismo.

Estamos ante el gesto grande y último, el gran sacramento. El amor pasa y se deja ver y arrastra. ¿Dónde?

- En el padre, en su misma entrega. En la luz de su rostro. En las marcas de sus manos. En el aliento de su corazón.
- En el pan partido, sacado de su sacrificio. Es su mismo cuerpo entregado. Su amor entero, su vida desentrañada.
- En el corro de hermanos, todos uno. Rotas todas las diferencias de grandes y pequeños, listos y torpes, ricos y pobres.
- En la mesa grande y común. Mesa compartida. Casa verdadera. Sitio para todos. Los más pequeños a la cabecera.
- En el camino, abierto al amanecer. Aventura común. Los pequeños por delante. Para agrandar y compartir más la mesa.

El amor se entrega [“paso”] y se deja ver [“signo”]

EL GRAN SACRAMENTO en donde nos pasa y nos deja ver su último amor.

- ¡Mirad! Clavado en la cruz. El Hijo amado del Padre. Nuestro único Hermano mayor. El rostro iluminado, las manos heridas, el corazón abierto. A la derecha del Padre. A la cabeza nuestra. En la mesa del camino. Nuestra pascua, que nos pasa en su paso. **Es el gran SACRAMENTO.** Jn 19,30-37. Sacrosanctum Concilium 6.61.
- ¡Mirad el pan y la copa! Su cuerpo roto en la cruz, nos lo entrega en el pan. Su sangre derramada en la cruz, nos la ofrece en la mesa. La Cena del Señor, memorial de su pascua. Su carne vivificada y vivificante en el Espíritu. Todo el bien de la Iglesia, de la humanidad y del universo. **La Eucaristía: el Sacramento del Sacramento.** Marcos 14,22-25p. Presbyterorum Ordinis 9.
- ¡Mirad el corro de hermanos! Todos hijos y hermanos en Él. Derribados los muros del dinero, del poder, de la cultura, de la raza. Germen y dibujo de la nueva humanidad, hacia la familia entera de los hermanos. **La Iglesia: el “Sacramento universal de salvación”.** Efesios 1,3-14. Lumen Gentium 1.48.
- ¡Mirad la mesa grande! Todo para todos. Los pequeños a la cabecera. Mesa compartida del Reino del Padre, comenzado ya, todavía esperado. Germen y dibujo de la casa común de la tierra nueva. **En la Iglesia, el germen y el diseño (Sacramento e instrumento) del Sacramento del Reino.** Colosenses 1,12-20. Gaudium et Spes 42.
- ¡Mirad la mesa convertida en camino! Él va delante de nosotros. **La brecha del Avance del Sacramento.**

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 8/11/1998*

3. Los siete grandes gestos del amor

Palabra viva: Juan 14,1-11; SC 61/CEC 107-1130

0. La pascua del amor en cena convertida
1. El abrazo primero para pasar la vida
2. El abrazo segundo para pasar a la madurez
3. El abrazo tercero para pasar a las entrañas
4. El abrazo cuarto para acoger en perdón
5. El abrazo quinto para hacer las veces de hermano mayor
6. El abrazo sexto para formar una familia
7. El abrazo séptimo para fortalecer la última travesía

La cena interminable

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 15/11/1998*

4. EL BAUTISMO (I). Hijos en el Hijo

Palabra viva: Mateo 28,18-20

Ritual del Bautismo (RB) 1. 2a. 6. 5

Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) 1214-1215; 1263-1265

Parábola

Un niño pequeño en brazos de su padre. Le estrecha contra su corazón y le dice: "¡Hijo mío!" "¡Hijo de mis entrañas!" Un verdadero milagro. Los padres engendran a los hijos. Les pasan la misma vida de sus entrañas, con el mismo amor de su corazón. El aliento del amor se desentraña entregando la propia vida, para que el hijo sea una persona, él mismo, que también pueda darse a sí mismo en amor.

El hijo de las entrañas tiene, pues, la misma vida, el mismo aliento, el mismo latido, la misma imagen. Un verdadero milagro. Así el Padre es para el hijo y el hijo para el padre. En un abrazo común. Fuente de la más indecible alegría.

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el

- *nombre del Padre*
- *y del Hijo*

- *y del Espíritu Santo.*

Misterio

El bautismo es el “nuevo y definitivo nacimiento”. Jesús le dijo a Nicodemo cuando fue a visitarlo. “En verdad te digo: el que no nazca de lo alto”, “el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,3-5). Nacer de las entrañas solo es posible desde el abrazo más íntimo de amor.

- Jesús, el Hijo amado del Padre, vuelto a sus entrañas se ha vuelto a nosotros, para darnos el mismo abrazo de amor, que el Padre le dio a él. En la Cruz, con las manos heridas, abierto el manantial de su corazón, vuelto el rostro para pasarnos el aliento de sus entrañas (Jn 1,1.18; 3, 16; 19,30-34). El abrazo del amor del Padre, por manos de su Hijo, en el Aliento del Espíritu Santo (Mt 28,18-20).
- Jesús con sus manos enclavadas y heridas, ha abierto nuestras manos cerradas, marcándonos con su sangre (Rom 6,4-5). Con el aliento de sus entrañas, nos ha alentado a nuestros corazones su mismo amor (Jn 20,22). En el agua de su corazón nos ha pasado su misma vida (1 Jn 4,9; 5,6-12). Ahora, en el bautismo, hemos pasado a ser hijos en el Hijo, por Él y con Él y en Él y desde Él. En nuevo nacimiento (Tit 3,5).
- El agua limpia y da vida. Nosotros teníamos las manos cerradas y manchadas por el pecado original (Rom 5,12). Pero el agua del bautismo es “la gracia del Unigénito”, “en la fuerza del Espíritu Santo” (RB 123). En este “agua de la vida” (Jn 5,5-14; 7,37b-39), pasamos de esclavos a hijos. “Y porque sois hijos Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama ¡Abbá Padre!” (Gal 4,5-6; Rom 8,15-17). “Somos hijos del Padre, en su Hijo, “de verdad” (1 Jn 3,1). “Compartimos su naturaleza divina” (2Ped 1,4). Somos “una creación nueva” (2Cor 5,17; Ef 2,15). “En alabanza a la gloria del Padre” (Ef 1,6.12.14).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 22/11/ 1998*

5. EL BAUTISMO (II). En el corro de la familia de la iglesia

Palabra viva: Gálatas 3, 26-28

RB 4. 8. 129. 211 (2). 218 (3). CEC: 1267-1271. 790-791. 774-776

Parábola

- Los brazos extendidos del padre a-unan a los hijos en un corro de hermanos. En el mismo abrazo de amor que los entraña en su corazón, pasándoles la propia vida, les hace al tiempo hijos y hermanos. Sin ninguna barrera, ni distinción. Ni fuertes ni débiles, ni listos ni torpes, ni grandes ni pequeños. Todos son cuerpo suyo, un cuerpo, una persona comunitaria.
- Pero cada uno es distinto. El abrazo de amor les iguala y les distingue. Uno tiene unas cualidades, otros otras. Uno vale para un servicio, otros para otro. Como en el cuerpo los ojos y las manos. Lo que les distingue, eso les une.

- Y así todos reunidos, a-unados son como un dibujo y paso de la gran familia de familias. Cuando los hijos tengan casa y familia cada uno. Este corro de ahora es dibujo de lo que debiera ser la gran familia. Es paso de amor para que en la gran familia todos sean uno.

Misterio

“Todos sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28)

- “El bautismo es el sacramento por el que los hombres son incorporados a la Iglesia”. El abrazo de amor que nos da en el agua el “Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo” (Mt 28,19), nos hace hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano. No tenemos más que un Padre de todos, que acoge a todos y está en medio de todos (Mt 23,8b-9; Ef 4,5; 1Cor 8,6). Un mismo Señor, un único Hermano mayor (Ef 4,5; Rom 8,29). Un mismo aliento de Amor, el Espíritu Santo, que nos hace ser un cuerpo (1Cor 12,13); Ef 4,4). Una familia, una fraternidad en la que se rompen todas las barreras, la del dinero, la del poder, las de la cultura, la de la raza, la del sexo, la de la edad, la de la fe. “Todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos sois uno (persona comunitaria) en Cristo Jesús” (Gal 3,28; 1Cor 12,13; Col 3,11; Ap 5,9).
- En el corro de hermanos cada uno ha recibido una gracia (carisma), para un servicio. La fraternidad, que es la familia (el pueblo) del Padre se ha convertido en el cuerpo del Hijo, en el aliento del Espíritu que nos hace ser hogar y templo (Ef 2,22; 1Ped 2,9). La Iglesia es, pues, el cuerpo de Cristo, encabezado, alentado y encaminado por Él, que es su Cabeza (1Cor 11,27; 12,12-26; Col 1,18-20; Ef 1,20-23). “No puede decir el ojo a la mano ¡no te necesito!” (1Cor 12,21). Los dones distintos, para los distintos servicios, nos entre-lazan, nos entrañan unos en otros. Lo que nos distingue, eso mismo nos une. Pues todos son dones del único don, que el Padre nos dio en su Hijo y el Hijo nos dio en el Espíritu (1Cor 13,1-8).
- Así la Iglesia es dibujo y paso (sacramento e instrumento) de la gran familia de hermanos, hasta de las distintas confesiones cristianas. En la Iglesia se dibuja la gran familia de toda la humanidad (Jn 11,52; 12,32; 17,21-26). Y no solo se dibuja como señal/signo, sino que desde ella pasa la gracia del Unigénito a toda la humanidad y a toda la creación. Por eso se le llama “sacramento universal de salvación”

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 29/11/ 1998*

6. EL BAUTISMO (III). Para la gran mesa compartida de su Reino

Palabra viva: Apocalipsis 5,9-10

RB: 9. 119. 129 / 125+219-20 / 212 / 213 / 218

CEC: 1218. 1216. 1241. 1270 [LG 11.16. AG 7.23]

Parábola

- El Padre abrió los brazos y los entrañó. Pero los brazos abiertos ante ellos, se cerraron sobre ellos, para reunirlos en el corro de hermanos, en una única familia. Pero no basta hacer corro, hay que compartir las mesa y agrandarla cada vez más, construyendo una casa compartida, un hogar común, una mesa grande, una tierra florecida.

- Los brazos ahora se abren más allá de ellos. Tenemos que construir una casa común, les dijo con una sonrisa viva y fuerte. Tenemos que derribar los muros que nos separan y enfrentan. Tenemos que arrancar las cadenas, que nos oprimen y sangran. ¡Una casa más ancha, una mesa más grande! Os entrego todo el amor de mis entrañas, para ello.
- ¿Y los pequeños? Seguro que diréis que los pequeños no pueden trabajar y además dan molestias y además son malos. Es verdad. Pero se me arrancan las entrañas por ellos, Los pequeños, en la casa grande que sueña mi corazón, tendrán que estar conmigo, a mi lado, a la cabecera de la mesa. Y no para que vosotros le sirváis, sino para que ellos, conmigo, os sirvan a vosotros. Es un imposible de mi corazón.

Misterio

“Un Reino y sacerdotes, que reinan sobre la tierra” (Ap 5,10)

- El Padre, puso a Jesús, su Hijo amado, crucificado en el madero, a la derecha suya y a la cabeza nuestra. A la cabecera de la mesa y del camino. Entre sus brazos extendidos, reunió su familia para la mesa grande y la casa común de su Reino (Jn 19,30-37). Él es el Hijo, entregado como siervo y entronizado como Señor. “Tú eres mi Hijo amado” (Mc 1,11; Gen 22,2; Is 42,1; Sal 2,7). Tú pondrás una mesa grande para todos, donde los pobres estén conmigo a la cabecera sirviendo a los hermanos. Ese será mi Reino (Mc 1,15 p; Lc 4,18). La tierra será como la palma de la mano, “el año de la Gracia” (2Cor 5,21-6, 2). El amanecer del día sin ocaso. Te he ungido con mi amor para este milagro.
- En la mesa del memorial de su Pascua, él abrió las manos ante nosotros y las cerró sobre nosotros, para que fuéramos su Iglesia, su familia de hermanos. Ahora las abre sobre nosotros y nos alienta el Amor de sus entrañas, para agrandar el corro y así agrandar la casa y ensanchar la mesa (Mt 28,18-20). Tanto amó el Padre a la humanidad y al mundo (Jn 3,16), que ha querido convertirlo en una casa común, derribados todos los muros, arrancadas todas las cadenas. Un hogar grande, un templo abierto. Ya sin cadenas, ya sin muros. Redimido y liberado, reconciliado y solidarizado (Ef 1,9-10.19-22; Col 1,11b-20). Este aliento y encargo pasa a sus hermanos, piedras de la casa común (Ef 2,14-22; 1Ped 2,4-10), amados y comprometidos en su Reino.
- Los hermanos son arrancados del señorío del mundo y pasados al Reino del Hijo del Amor, pasan de la noche al día (Col 1,13-14; Jn 1,9; Heb 10,12; 1Tes 5,5; Ef 5,8). Tienen que luchar con las armas de la luz (Ef 6,10-20), enraizados en las heridas del cuerpo del Señor (Jn 15,1-16). Son **profetas**, que anuncian la justicia de su Reino, **sacerdotes** que se entregan entre sus manos para llevarla adelante, **reyes** que trabajan sin descanso, hasta implantar con Él, su justicia en la tierra (RB 129/ Ap 5,9-12). Son herederos con el Heredero (Rom 8,17). Y para abrir la tierra de la herencia, tendrán que poner a los pequeños a la cabecera de la mesa, para que vivan todos (Lc 7,22-23; 1Cor 1,26-27). Al final cuando Él venga a consumir el Reino, seremos juzgados de amor a la caída de la tarde (Mt 25,31-46).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 6/12/ 1998*

7. EL BAUTISMO (IV). Por un camino nuevo y vivo

Palabra viva: Romanos 6, 3-19

RB: 112. 117. 130. 131. 134. 217. 221. 226-226

CEC: 1216. 1243. 1266. 1269 [LG 9. 10. 40. 44]

Parábola

- El Padre abrió los brazos, los acogió y los entrañó en su corazón. En este mismo abrazo, los reunió en el corro de su familia. En este mismo abrazo los alentó a agrandar la mesa compartida de su casa. Ahora deja la mesa y sale al camino. De la cabecera de la mesa, a la cabecera del camino. Les mira con inmensa ternura y les dice: “Venid conmigo. No temáis. Yo voy delante de vosotros en el camino. Caminad sujetos a mis manos.
- Los hijos que acojan esta invitación y se dejen encaminar, necesitan confiarse y entregarse al amor de su padre. Para caminar con él y tras él, es necesario intimar con él. Acoger el amor en su palabra y creer en él con fe viva, que es confianza, abandono, reconocimiento, entrega. Con todo el corazón y con toda el alma. Así, con su mismo amor, pueden amar a los hermanos, unirse a ellos, compartir con ellos, llegar a ser “uno” con un corazón y un alma. Con amor vivo y verdadero. El amor del padre y de los hermanos, es un único amor inseparable.
- Y así trabajar todos juntos, con firme esperanza en la construcción de la casa común, para agrandar la mesa compartida. Con deseo vivo de justicia, con corazón blando para los pequeños, con empeñado esfuerzo, por derribar los muros, con entera disposición a sufrir lo que se ponga por delante. La cumbre de su alegría es la casa común, la única mesa, el único amor.

Misterio

Siguiendo sus mismas huellas

- El Señor Jesús, a la cabecera de la mesa, en el sacramento del bautismo, con sus manos heridas y el aliento de su corazón, nos entrañó en sus entrañas, haciéndonos hijos. Nos reunió en su corro haciéndonos hermanos, haciéndonos herederos. Ahora pasa de la cabecera de la mesa a la cabecera del camino. “Enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20-21). Al enraizarnos en sus heridas, nos abrió las manos y dejó en ellas las marcas de la cruz (Rom 6,3-11). Ahora nos toma de las manos para que nos entreguemos en las suyas, abiertas, heridas y encendidas (Rom 8,28-32).
- Necesitamos acoger su amor, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Escuchando su palabra y respondiendo con fe viva, con inmensa confianza, con absoluta obediencia (Mc 6,6-15). Vueltos a él, podemos volvernos a los hermanos, para amarlos con el mismo amor, con que Él los ama. Con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (Mc 12,28b-34), cuidando con cariño entrañable a los pequeños (Mc 10,13-16), hasta morir de amor por ellos, en su mandamiento nuevo (Jn 15,9-13). Así con amor vivo, poco a poco, llegamos a la unidad de la fraternidad (Ef 4,1-6). Todo en común. Un corazón y un alma (Jn 17,20-26; Hech 2,42-47; 4,32-35).

- De la mesa, pasamos al camino, con firme esperanza. Como pequeños fermento en el mundo, para compartir con él, entre sus manos, el avance de su reino, la nueva creación de la casa común, con la mesa compartida. Nos encendió en su luz (Jn 1,9; 9,1-7). Ahora, “iluminados” (Heb 10,32), nos convertimos en “hijos de la luz” (1Tes 5,5), en “luz” misma (Ef 5,8), para el combate de la luz (Rom 13,11-14; Ef 6,10-20. Vueltos a él, con corazón humilde y manso, corazón compasivo, sentimos hambre y sed de justicia, y necesitamos regalar el corazón a los pequeños, luchando sin dobleces por derribar todos los muros. Es el camino que, por la persecución y el martirio, nos conduce a la última mesa del Reino, cuando Él vuelva (Mt 5,1-17; Lc 6,20-23). Así vamos recorriendo el camino nuevo y vivo de sus huellas, en comunión ilimitada de destino (Heb 10,19-20; 1Ped 2,21-25), muriendo con Él, para vivir y transfigurarnos en Él (Rom 8,29).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 13/12/ 1998*

8. EL BAUTISMO (V). Con las manos abiertas para ser acogidas por las suyas.

Palabra viva: Marcos 10,13-16

RB: 112. 124-126. 219. 130-132

CEC: 1253+1123 [SC 59] 168. 1254 (2101). 1255 (1311).

Parábola

- Cuando el padre llegó a casa del trabajo y abrió sus brazos de par en par a su hijo pequeño, el pequeño los abrió también para acogerse a su cariño. Abrió las manos y le dijo: “¡Papá, aúpa!”. Quería que le cogiera en brazos. Tenía en él una infinita confianza, porque el padre le acogió, para que se apoyara en él. ¿Y si le pusiera sobre sus hombros? El chavalillo, tan atraído por su amor, desearía colgarse de su cuello y abandonarse. Era un gesto de reconocimiento, de pasarse enteramente a las manos de su padre. La confianza convertida en obediencia.
-
- Pero, ¿qué iba buscando el chavalillo? Enseguida se sabrá. Si solo busca que el padre le compre un camión de plástico, en cuanto lo consiga, se marchará después a sus juegos, que le interesan más. ¿Y si quisiera de verdad quedarse al lado de su padre, para estar con él y caminar con él? Entonces,
 - Tendría que dejarse tomar de la mano, para un encuentro vivo, íntimo, permanente. Estar con él, conversar con él, acoger su mismo amor.
 - Pero tendría, además, que convertir la confianza con el padre en vida común con los hermanos, ayudándoles de todo corazón, con lo que esté en sus manos.
 - Y tendría, que hacer camino con él, seguirle, acompañarle, ayudarle en su tarea en todo lo que pueda, aunque solo sea con gestos pequeños de entrega.

En la obediencia de la fe

Misterio

Jesús el Señor, nuestro Hermano mayor, a la cabecera de la mesa, en el sacramento del bautismo, nos entraña en su corazón, haciéndonos hijos, nos aúna en el corro, haciéndonos hermanos, nos alienta en la mesa, para construir la casa común. Al amor se responde con amor. ¿Qué hacer ante esos brazos extendidos? Responder a ellos en la fe, que se hace amor, para la esperanza. El bautismo es “un sacramento de la fe”. “El que crea y sea bautizado se salvará” (Mc 16,15-16). El aliento de su amor, en el agua del bautismo (Jn 3,1-7), tiene que ser acogido por la fe (Jn 3,18). Somos atraídos por el Amor del Padre, que se ve y se palpa en su costado abierto (Jn 6,44-47; 19,34-36); pero hay que acoger este amor, para que pase a nuestras entrañas (Jn 7,37b-39). Con las manos abiertas en la confianza, que pasa a ser abandono, reconocimiento, obediencia (Rom 1,5).

Manos vacías y abiertas, que se apoyan en las suyas con infinita confianza y que se dejan tomar de las suyas en absoluta obediencia. Solo por la fe, podemos pasar a vivir de su vida (Jn 1,13; 20,31; Gal 3,2-14; Rom 1,17; Col 2,12; Ef 3,17; 1Ped 3,21). Es volverse a él, como un niño, dejarse poner en sus brazos y colgar de su cuello (Cf. Mc 10,13-16). “Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para el perdón de los pecados” (Hech 2,37-41; 3,19; 16,31).

- Entonces es necesario postrarse ante sus pies y pasarse a sus manos de todo corazón, con toda el alma. Maranatá. Abbá. ¡Tú eres nuestro Hermano mayor! ¡Padre nuestro! (Rom 10,9; Fil 2,6-11; Col 1,13-20; Gal 4,4-7; Rom 8,14-17). Comenzar una experiencia viva, sencilla, íntima de oración (Renuncias y promesas, RB 125-126. 219).
- Pero tendríamos además, que pasar de la fe, a la caridad. Compartir el corro de hermanos, derribando barreras (Gal 3,26-29), partiendo el pan y la vida en la mesa, desde los pequeños (Hech 2,42-47; 4,32-35), esforzándonos por vivir en la unidad, con un solo corazón y una sola alma (Ef 4,1-6).
- Y tendríamos, además, que pasar de la fe, que se hace caridad de fraternidad, al camino del seguimiento en la esperanza, por sus mismas huellas (Jn 8,12; 14,5; Sal 26. 33), abriéndonos camino hacia la tierra nueva y los cielos nuevos de su justicia (Ef 4,7-16; 6,10-20). “En alabanza a la gloria de su gracia”.

El compromiso de nuestra respuesta para la “verdad del sacramento” (RB 3. 7-9. 11-23).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 20/12/ 1998*

9. LA CONFIRMACIÓN (I). El abrazo que nos da la plenitud del Amor

Palabra viva: Libro de los Hechos 2,1-11

Ritual de Confirmación (RC): Constitución apostólica “Divina consortium naturae” 1.2.7.

9.21.22.26.28.31.33.40. Ritual de Iniciación cristiana de adultos (RICA) 34. 229

Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) 1285-1288. 1303

Parábola

El hijo había ido creciendo y se encontraba en un paso nuevo. Pasaba a un nuevo tramo del camino. El crecimiento hacia la madurez. Era necesario darle el segundo abrazo. El padre llevaba desde siempre el aliento del amor en sus entrañas. Por este amor había caminado, entregándose y desgastándose. Cada día era mayor el amor del corazón y la claridad del rostro. El Hijo, ya crecido, necesitaba madurez, para que mañana pudiera también él darse y reunir una familia en la mesa y alentarla en el camino. Un buen día caminaban los dos por el campo y el padre le habló al corazón. Ha llegado la hora de ser hijo de lleno y hermano de lleno y responsable de lleno. Poco a poco, el hijo dio vueltas al corazón a aquellas palabras y abrió las manos. Un día a la hora de cenar le dijo al padre: "Aquí estoy" y el padre le abrazó contra sus entrañas.

En aquel abrazo de amor le alentó su mismo aliento en plenitud. Todo el cariño que llevaba dentro, hasta desbordar. El hijo se vio con un derroche nuevo de amor. El padre le había entrañado en sus entrañas y cambiado el rostro. Pasaba a ser hijo mayor, hermano mayor, compañero de camino, comprometido a la misma lucha por la familia y por la casa. Y es que el amor transfigura, configura, transforma el ser en las raíces. Aliento nuevo, rostro nuevo.

En aquel segundo abrazo de amor se vio con el corazón iluminado. Ahora comprendía todo el proyecto y la aventura de amor de su padre. Se vio con un corazón ensanchado, para sentarse en el corro de los hermanos, unido más estrechamente a ellos. Con un corazón fortalecido, para arrimar el hombro a servir y ayudar a crecer a los hermanos, a poner los ojos en los más pequeños, a llevar adelante la casa. Con un corazón cobijado y sostenido. Caminaría a su lado, a la sombra de su mano fuerte, de su brazo extendido. Era la aventura de la plenitud, en esperanza.

"Se llenaron todos de Espíritu Santo"

Misterio

Jesús, el Hijo amado del Padre, puso su tienda entre nosotros (Jn 1,14). Y le vimos encendido de amor, iluminado el rostro. Es que el Padre, le dio un abrazo de Amor para que nos lo diera. Le alentó y le envió en el Aliento de su Amor, el Espíritu Santo, para allegarnos a él como hijos; para reunirnos con él, como hermanos; para caminar y trabajar con él, como herederos. Es el Hijo amado, enviado, alentado. Es el Ungido, que significa Cristo. Está ungido con el Espíritu Santo (Hech 10,38), para reunir la familia de los hermanos y poner la gran mesa común del Padre y darnos la mano al camino del amor consumado, de la glorificada alegría. Es el Esperado, el Deseado, la esperanza, toda la esperanza, la última esperanza, la única esperanza. Por eso le llamamos el Mesías, el Cristo, el Ungido. "¡Jesús, Cristo, Señor!"

En el aliento del Espíritu, le vimos en el Bautismo encendido de amor, como Hijo entregado por nosotros (Mc 1,10; Jn 1,32). Y le vimos después, salir a los caminos, encendido de amor, a poner la mesa del Reino, con los pequeños a su lado (Lc 4,17-21). En el camino nos dijo, que nos daría su mismo aliento, para hacer con él la travesía (Lc 12,12). La víspera de su pasión nos prometió desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que estaría con nosotros para ser sus testigos de él (Jn 14,16; 15,26). Después de la resurrección nos aseguró que nos daría la fuerza de su amor desde lo alto (Hech 1,8; Lc 24,42). Y cuando se puso al lado del Padre y le abrazó con el barro de nuestra carne (Hech 2,33), derramó el Fuego de su Espíritu el día de Pentecostés. Todos, llenos del Espíritu Santo, inflamados en su amor, se vieron en el "don del Espíritu Santo" (Hech 2,38), en el don mismo que es el Espíritu, allegados, reunidos, arrojados al camino, sostenidos en la aventura. Proclamando las maravillas del Señor.

Los apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban “la gracia de Pentecostés” por la imposición de las manos, para completar y plenificar la gracia del bautismo, gracia de la Pascua (Hech 2,15-17; 19,5-7; Heb 6,2). Alentados en el aliento del Señor, marcados con el aliento de este sello, son ungidos en el Ungido, “configurados más permanentemente con Cristo”, “marcados por la cruz gloriosa”. Más hijos, más hermanos, más herederos. En el Amor que alienta y sella, que ilumina y ensancha, que fortalece y cobija. Ungidos en el Ungido, con el Ungido, para el Ungido. Para que el mundo entero arda en el Fuego del Espíritu.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 25/4/ 1999*

10. LA CONFIRMACIÓN (II). El aliento del Espíritu de Pentecostés.

Palabra viva: Libro de los Hechos de los Apóstoles 2,36-47
Lumen Gentium 11. DCN/RC 1. 7.12.23. 26. 28. 30. 35. 43
CEC: 1235. 1292. 1303. 1309. 1313

Parábola

El abrazo de amor, en el paso del crecimiento, le hizo pasar al hijo la plenitud del amor, a la mayoría de edad. Al engendrar al hijo el aliento de amor dejó su imagen en el rostro y abrió sus manos. Este abrazo a la mayoría de edad es aliento de amor más hondo y más ancho. Por eso enciende y ensancha más el corazón. Y se dibuja más en el rostro su imagen, con más parecido. Y las manos que se disponían a acoger este amor, al ser estrechadas se capacitaban para una mayor entrega, para la respuesta de la plenitud. Al lado del hijo mayor, junto a él, los hijos se hacen hijos mayores y hermanos mayores y herederos mayores. Para ayudar al padre a reunir la familia, entrañada más en sus entrañas, asociados más íntimamente a su proyecto.

Ahora los hijos, crecidos y madurados en el amor, pueden acoger más el amor del padre en el corro de los hermanos, para la unidad.

- Pueden y deben acoger más en la mesa, la palabra que les dice y el pan que les parte, palabra y pan de amor.
- Pueden y deben acoger más a este amor, ofrecerse más y entregarse más a este amor del padre por todos.
- Pueden y deben dejar pasar más este amor, descifrando las palabras y los gozos del padre de todos.

Ahora los hijos, crecidos y madurados, en el amor, pueden compartir más el amor del padre, para edificar el corro de los hermanos, arrimando el hombro.

- Pueden y deben compartir los bienes, teniéndolo todo en común. Con la mirada primera para los más pequeños.
- Pueden y deben compartir los dones, las cualidades, completándose unos a otros, en el corro, desde los pequeños.
- Pueden y deben compartir la vida, problemas, inquietudes, dolores y esperanzas, teniendo todos un solo corazón.

Este aliento nuevo y especial, les une más íntimamente a la familia.

...nos une más íntimamente a la familia de la Iglesia

Misterio

El abrazo de amor que nos da el Padre, por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo, en el Sacramento de la Confirmación nos “une más íntimamente a la iglesia” (LG 11), “en la plenitud de la consagración bautismal”.

- Al anuncio del Evangelio, sigue la conversión, a la conversión el bautismo para el perdón de los pecados, y llevando a plenitud el abrazo del bautismo, la efusión del Espíritu Santo (Hech 2,38). “Le imponían (los apóstoles) las manos y recibían el Espíritu Santo” (Hech 8,17). En la imposición de las manos “vino sobre ellos el Espíritu Santo” (Hech 19,6). El corazón se inunda, se enciende, se agranda y se agrandará más. Reciben “el sello del don del Espíritu Santo” (Hech 2,37).
- Y se dibuja en el rostro más todavía la imagen del Padre, el rostro de su Hijo. Ya en el bautismo nos configuramos con él (Rom 6,4-5. En la confirmación nos configuramos como hijos mayores, para llegar a ser por entero, imagen suya (1Cor 15,49; Rom 8,29). El Hijo fue ungido y sellado (Mc 1,10; Lc 4,18; Hech 10,38; Jn 10,36; 6,27). Nosotros en la plenitud del bautismo somos ungidos en su misma unción, sellados en su mismo sello (2Cor 1,21-22; Ef 1,13), “configurados más plenamente”, “marcados en la gloriosa cruz de Cristo”.

Ahora los hijos en el Hijo, los hermanos en el Hermano, pasados en el Espíritu al don de la plenitud del amor, puede acoger más el amor del Padre para la unidad de su familia.

- “Permanecen constantes en la enseñanza de los apóstoles y en la fracción del pan”. “Partían el pan por las casas” (Hech 2,42.46b; 1Cor 15,1-15; 11,23-26). “Alimentados con la eucaristía, manjar de la vida eterna”, para “expresar la unidad del pueblo de Dios”.
- Así pueden y deben acogerse a este amor y ofrecerse en el mismo gesto del Señor, “por todos”. “Permanecían... en las oraciones” (Hech 2,42b; Col 3,16). “Para un sacerdocio santo”, “en sacrificios espirituales”, “por mediación de Jesucristo” (1Ped 2,4-5).
- Así pueden y deben pasar mejor este amor, proclamando la palabra, cantándola, descifrándola, atestiguándola. “Alabando a Dios” (Hech 2,47). “Vino sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar” (Hech 19,6; 1Cor 12,4-11).

Esta unión más íntima a la Iglesia, en vínculo estrecho, “contribuye a que la iglesia, cuerpo de Cristo, alcance su plenitud”, “en la unidad y la santidad”, “creciendo en la unidad del amor”.

- La fraternidad encendida por el fuego de Pentecostés, comparte los bienes, desde la mesa del Señor. “Todo lo tenían en común”. “Repartían los bienes, según la necesidad de cada uno” (Hech 2,44-45; 4,34-35; 2Cor 8,1-9).

- En esta misma llama de amor, comparten los dones. “Miembros vivos de la Iglesia”, se hacen cargo de llevarla adelante en fraternidad, al marchar los apóstoles (Hech 8,25), y arrojando el hombro con ellos, cuando están (Hech 19,9b-10; 1Cor 12,12-30; Ef 4,1-13). En la unidad de la caridad “a través de carismas y vocaciones diversas”.
- En esta misma llama de amor, comparten la vida, “Miembros más perfectos del pueblo de Dios, arraigados en la fe, cimentados en el amor”. Se derriba el muro (Hech 10,44-47). “Un solo corazón y una sola alma” (Hech 4,32; Jn 17,11-21; Ef 4,1-5; Col 3,12-15).

El sacramento de la confirmación “perpetua en la iglesia la gracia de Pentecostés”.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 2/5/ 1999*

11. LA CONFIRMACIÓN (III). El aliento del Espíritu Santo en Pentecostés...

Palabra viva: Libro de los Hechos de los Apóstoles 4,5-35

LG 11. AG 36. OCN/RC 2.7.9.12.23.26.29.32.35.37. 38.40.43

CEC: 1285.1294.1303. 1305. 1313

Parábola

El padre le dio un abrazo con todo su amor, para que pasara a la mayoría de edad, pasándoles a su misma misión, junto al hermano mayor, que hacía sus veces. Les abrió el corazón y les dijo: “tenéis que compartir conmigo el corro de la familia y ayudarme a poner la mesa compartida de la casa común”. “Os entrego todo mi amor”. Así se veían enviados en su misma misión y alentados en su mismo aliento. Este aliento transfiguró su rostro, ahondó el parecido con su padre para compartir la responsabilidad. El aliento, además, iluminó sus ojos, para descifrar más hondamente su proyecto. El aliento capacitó y ensanchó sus manos para ayudarle a reunir la familia y construir la casa común.

- “Tenéis que hacer más grande el corro”, les dijo. “Una gran familia con todas vuestras familias. Para eso tendréis que ir pasando mi amor de manos a manos, de corazón a corazón. Irles diciendo con la palabra y la vida el secreto de amor de mi corazón, volcados enteramente a ellos, para que todos sean uno”.
- “Tenéis que poner los pequeños, a la cabecera de la mesa”, les dijo. No es que los hermanos más pequeños y más enfermos y más des-validos sean mejores. Es que yo les quiero un poco más y les necesito tenerlos a mi lado, para que el corro sea todo de todos, empezando por los últimos, que serán los primeros”. Será una mesa grande y nueva, la mía.
- “Tenéis que hacer de vuestras casas, una casa grande y común. Seguro que querréis levantar muros, cada uno el suyo. Y unos estarán en un palacio y otros en una chabola. Unos estarán celebrando un banquete y otros tirados a la puerta, junto a los perros. La casa no será mercado ni trinchera, será hogar con una mesa compartida, donde reine el amor.

“Este aliento nuevo de mi abrazo os fortalecerá y os comprometerá más estrechamente al trabajo de la mesa común”.

... nos arroja del cenáculo al mundo, para ayudar al Señor a poner la mesa común de su Reino.

Misterio

El abrazo de amor, que nos da el Padre por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo, en el sacramento de la confirmación, “nos enriquece con la fuerza especial del Espíritu Santo y así estamos obligados más estrechamente a difundir y defender la fe de palabra y de obra como verdaderos testigos de Cristo” (LG 11).

En el misterio de Pentecostés, somos enviados en su misma misión y alentados en su mismo aliento. El Padre nos encarga la misma misión, que encargó a su Hijo mayor: reunir su familia, poner la mesa, abrir su camino (Mc 16,15; Mt 28,18-20; Jn 20,21). Y, Jesús el Señor, puesto a la cabecera de la mesa, desde el corazón del Padre, nos alienta su mismo aliento, el mismo y único Espíritu Santo en él y en nosotros (Jn 20,22; Hech 2,33; 2,1-4.38b). El Señor nos ha reunido en la familia de su Iglesia, para anticipar y dejar pasar el Reino del Padre (Ef 4,1-13). La misma unción mesiánica suya (Mc 1,10; Lc 4,18; Is 11,1-9; 61,1-3), ha pasado a nosotros, su pueblo mesiánico (Hech 2,1-4; Jue 3,1-5; Ez 36,25-27). Nos da la plenitud del Espíritu Santo, aliento que nos configura más perfectamente a él, ahondando la imagen del bautismo, sello indeleble, marcado a fuego, de que somos de él y para él. Crismados es “ser Cristo, ser Mesías, ser Ungido”. Por eso esta huella, enciende más los ojos y capacita y ensancha más las manos. Para la plenitud de su cuerpo, avanzando más su Reino, con las marcas de la cruz gloriosa del Señor, hasta que vuelva.

- “Tenéis que hacer más grande el corro”. “Cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros... seréis mis testigos, hasta los confines de la tierra” (Hech 1,8). El fuego les arrojó del cenáculo, para proclamar las maravillas del Señor, convocando y reuniendo el corro grande de los hermanos (Hech 2,5-11.37-41). Testigos que han visto, testigos que proclaman en la plaza pública la muerte y resurrección del Señor, el crucificado Señor de la gloria. Ahora ya hay familia grande, aunada en su amor, nuevo y vivo.
- “Tenéis que traer a los pequeños a la cabecera de la mesa”. El Ungido se abre camino, trayendo a su lado a los pequeños, evangelizados y curados (Lc 4,18; 7,22-23). Sus hermanos, ungidos en su unción, sin oro ni plata, levantan a los pobres de la basura y los sientan a la mesa, pregoneros con ellos del evangelio de la paz (Hech 3,1-26; 5,12-16). Así dejan ver las manos heridas y encendidas del Ungido (Hech 10,37-38), el “perfume” de su amor.
- “Tenéis que poner una mesa compartida, para la casa grande y común”. El Ungido inaugura el año de gracia (Lc 4,18). La mesa grande le lleva a la cruz victoriosa, y la cruz victoriosa se convierte en la mesa de su Reino, nueva creación, día de la gracia. Los ungidos tendrán que luchar por la justicia y afrontar la persecución. Una mesa sin barreras, donde cada uno aporta según puede y recibe según necesita. Donde ya no hay pobres, pues todos quieren serlo por amor; donde ya no hay amos, pues todos quieren servir por amor (Hech 4,1-22; 4,23-35). Los testigos, encendidos de amor, nunca avergonzados de su Señor, van dejando pasar la redención de la libertad, la reconciliación de la fraternidad, la alegría de la salvación.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 9/5/1999*

12. LA CONFIRMACIÓN (IV). El aliento del Espíritu Santo en Pentecostés

Palabra viva: Mateo 5,1-12

LG 9. 34-36. 40. RICA 2. 34: RC 2, 9. 13. 23. 29. 32. 35. 37. 40. 43. 45

CEC: 1287. 1294. 1299. 1303.1305

Parábola

Este abrazo de amor del padre a sus hijos, para pasarles a la madurez, les allega les aúna, les compromete y por ello los en-camina. Es un don nuevo, que les da un corazón nuevo y les capacita para un camino nuevo. Tendrán que imitar a su padre. Pero imitar es poco, tendrán que seguirle. Será una necesidad que les nacerá del amor acogido vivamente en el corazón. Seguirle, seguirle más de cerca. Caminar con él, detrás de él y para él. En riesgo entero.

- El encargo que alcanza el corazón de los hijos, es el mimo que los padres llevan en su corazón: pasar su amor, reunir la gran familia y sobre todo trabajar para la casa grande. El camino será recorrer sus huellas para que todos sean uno, para que en la casa sea todo de todos, para que los pequeños, pasen al primer lugar. Los hijos serán testigos por haber visto todo el camino del padre. Pero se hacen más testigos, cuando caminan diciendo en público con obras y palabras la senda que se les abrió a ellos, por las huellas vivas del amor.
- El amor les arrastra a la verdad; es decir a la fidelidad. Es el amor de la fidelidad. El camino serán pasos de acoger, compartir, servir, luchar. El camino les hace testigos de verdad, hermanos de verdad. Las huellas que recorren son gestos, que se hacen, obras. Obras son amores. Si no hay obras de acoger, compartir, servir y luchar no hay amor verdadero y fiel. Se hace el camino al andar. Sí hay camino. Lo hizo el padre, al andar.
- Caminar sobre las mismas huellas del amor entregado conduce al sufrimiento. Seguramente estos hijos verdaderos no serán comprendidos, más aun serán maltratados y tal vez asesinados. Es entonces cuando en el rostro aparece la imagen entera del padre, que llevaban grabada. Y su vida se hace perfume, paso del fuego. Todos verán un amanecer nuevo. Les alcanzará una esperanza viva, in-contenible.

...nos alienta al camino nuevo y vivo, abierto por él para nosotros.

Misterio

El abrazo de amor que nos da el Padre, por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo, en el sacramento de la confirmación, nos enciende, nos unge y nos marca con la cruz gloriosa del Señor, configurándonos más plenamente con él, como imagen perfecta de él, el Hijo mayor, el Ungido. Este aliento nos compromete a caminar. El don aumenta en nosotros el Espíritu y nos vincula más estrechamente con el Señor. El corazón sellado y sobre-desbordado, nos avoca a un camino nuevo y vivo, el suyo mismo. Imitarle será poco. Estamos obligados a seguirle, arrastrados por la necesidad del Espíritu del amor, si es que verdaderamente le hemos acogido. Seguir al Señor, seguirle más de cerca. Caminar con él, a su lado: detrás de él, en sus huellas; para él, para su encargo, hecho misión (Mt 16,24-27; Fil 2,6-8; 2Cor 8,9).

- Él es el Hijo mayor, el Cristo, el Ungido (Lc 4,16-22; Is 11,1-4; 42,1-3; 61,1-9). Nosotros somos la fraternidad del Ungido, el pueblo mesiánico suyo (LG 9). Hemos sido encendidos y marcados con su mismo Espíritu (Hech 2,4.17-18), el aliento de los tiempos mesiánicos (Joel 2,23-3,1; Ez 36,24-28), sello y don de la alianza nueva. El don mesiánico, se hace encargo mesiánico, para el camino mesiánico. El encargo es el Reino de Cristo, germen y senda del Reino de Dios, que es justicia, paz y gozo. Es necesario, pues, trabajar por la redención y reconciliación y plenificación de todos los hombres y de todas las criaturas. Dejar pasar, en avance, las manos del Señor, para poner la mesa grande en las nuestras y la senda del Señor, que se deja ver en nuestra senda. “Seréis mis testigos” (Lc 24,49; Hech 1,8). Testigos auténticos, que hacen el camino con obras y palabras en la senda de las bienaventuranzas vividas por él, para nosotros (Mt 5,1-12), el verdadero camino mesiánico, de los testigos valientes, de los apóstoles verdaderos.
- Este aliento de amor es “el Espíritu de la verdad”, el “Espíritu de la fidelidad” (Jn 14,15-17.23-26; 15,18-21.26-27; 16,5-7.12-13).

El camino será acoger su Amor. Fuera los ídolos. Manos abiertas para la palabra, el pan y la copa, para la oración sencilla, que nos desvela el Misterio (Lc 10,21-24) en el Espíritu, que ora en nosotros con gemidos inefables (Rom 8,26-27).

El camino avanza en el compartir su Amor. En la comunión de dones, de bienes, de vida (1Cor 12,4-13; Ef 4,1-6). Entrelazar las manos en la fraternidad unánime y diversa, desde el Espíritu, “corazón, fuerza guía” de la comunidad de la iglesia.

Pero el camino avanza más, ofreciendo su amor al mundo, en su misión profética y real. Testigos ante el mundo, en favor del mundo, este mundo actual. En fraternidad universal, en perdón a los enemigos, en lucha escatológica, afrontada en la espesura de la historia. Como verdadero “combate en el Espíritu” (Ef 6,10.20).

Pero el camino avanza más sufriendo por su Amor (Lc 12,8-12). En medio de las dificultades, del rechazo, de la persecución. “Sin avergonzarse nunca de dar testimonio de Cristo crucificado”. Aparecerán en nuestra vida los frutos del Espíritu (Gal 5,22-24). Marcados por la cruz gloriosa, ahora sí, imagen perfecta del Ungido. Testigos y mártires, buen olor de Cristo. Fuego de santidad que alegrará a la iglesia y prenderá de fuego al mundo.

El aliento del Padre, desde las manos del Hijo, en la senda nueva del Paráclito, inédita fidelidad consumada.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 16/5/1999*

13. LA CONFIRMACIÓN (V). “Recibe por esta señal...”.

Palabra viva: 2Corintios 1,19-21

RC. Constitución apostólica “Divinae consortium naturae” 2. 9. 26. 30. 32-33. 40. 45

CEC: 1289-1297. 1299. 1304-1305.

Parábola

El amor del padre es un cariño que se ve de un manantial que no se ve. Así ocurre en el abrazo primero, cuando nos pasan la vida y en el abrazo segundo, cuando nos pasan de lleno a su encargo. El aliento de amor es marca y fuerza, es pista y perfume.

El abrazo primero de los padres nos pasó su misma vida. Nos allegó a su corazón, nos puso en el corro de la familia, nos sentó a la mesa, nos condujo al camino.

- Nos dejó una marca, huella del amor. Fue el parecido del rostro, dibujo del apellido. La señal de que éramos suyos y ellos nuestros.
- Nos tomó de la mano. Así les vimos día tras día, llevándonos con la mano fuerte, para que tuviéramos la fuerza de compartir su senda.
- Nos abrió una pista: era la claridad de sus ojos, reflejados en los nuestros, que se hacía luz para el camino, garantía de llegada.

El Abrazo segundo nos pasó a su misma misión, en madurez. Nos allegó más hondo a su corazón, nos puso en mayor cercanía a la familia, nos sentó con más compromiso en la mesa y al camino.

- Nos dejó una marca, huella de amor. Antes nos parecíamos a ellos en los rasgos de la cara, ahora en los rasgos de la entrega, que dibujan el rostro de su amor consumado.
- Nos dejó un aliento, una fortaleza. Ya no nos lleva de la mano. La fortaleza pasa a las raíces del corazón, como valor y compromiso recio, para andar su misma andadura.
- Nos dejó una pista, una luz para el camino. El amor que se hace sello y fortaleza, se hace luz que adivina, sostiene y consume en el camino. Se notará en los gestos de amor el perfume de sus gestos.

En la historia de la humanidad hay señales, que se ven de este amor que no se ve. ¿Cómo dejar ver la marca? ¿Cómo dejar ver la fuerza?

- La marca se deja ver con un sello. Los padres les pasan su sello, sello de su propiedad. Son suyos, están asociados a su obra, en representación suya, en íntima unión con ellos. Les pertenece la herencia, lo sellado. El sello les confía en justicia la misión. Así lo hará el rey con su hijo mayor, para hacer sus veces (Gen 41,42; Cf. 38,18).
- La fuerza se deja ver en el óleo, de entrenamiento. Ungir con aceite, que penetra hasta el fondo y no solo cura, sino que da fuerza, vigor, belleza y alegría. Así se ungían los luchadores. Así se ungía al hijo del rey, para expresar el encargo, el apoyo, la protección, la garantía. Y la fuerza se haría luz que alumbra y perfume que da buen olor en el camino (1Sam 24,7-11; 26,16-23).

“... el don del Espíritu Santo”

Misterio

Pongamos los ojos en Jesús, el Hijo amado del Padre, el Hermano mayor de los hermanos, el Hijo del Rey, entronizado en la cruz gloriosa, el “sellado”, el “Ungido”, el “esperado”, el “deseado”, toda la esperanza, la última esperanza, la única esperanza, la salvación. El Padre le envió para su Reino, para reunirnos como familia, en torno a su mesa, y como compañía a lo largo de su camino. Por eso “le selló” (Jn 6,27), “le ungió” (Lc 3,22) y “le santificó” (Jn 10,36).

Tenía que ser Rey (2Sm 7,8-16), para hacer un Reino de justicia, empezando por los pequeños (Is 11,1-5.6-9; 8,23-9,6). Reino de justicia que lleve a la paz de un paraíso nuevo, largamente esperado (Miq 5,1-3; Jer 22,24-30; Ez 17,22-24; 34,23-24; Am 9,11-17). Rey pobre y humilde (Zac 9,9-10), en la figura del siervo entregado (Is 53), para inaugurar el Reino sin fin, sobre el mar de los monstruos (Dan 7,13-14), mesa común puesta para todos los hombres, donde se secarán las lágrimas de todos los rostros. Así apareció sellado y ungido al salir a los caminos a poner la mesa del año de la gracia (Lc 4,18; Is 61,11), curando todas las heridas, como siervo (Lc 10,38; Mt 11,2; Is 53,17). “Tú eres el Cristo”, le dijeron sus apóstoles (Mc 8,29). Pero apareció sobre todo sellado y ungido al pasar de la mesa a la cruz (Fil 2,6-11 *passim*) “¿Eres tú el Cristo? Sí, yo lo soy” (Mc 14,62). Y en la cruz, en muerte de expiación, arrancó todas las cadenas y derribó el muro y puso la mesa (Mc 14,33-39; Hech 4,27; Is 42,1-9; Heb 1,9; Ps 2,7; 45,7-8) para siempre, hasta entregar el Reino al Padre (1Cor 15,20-28).

- **“Recibe por esta señal”**. El Obispo, imponiéndonos la mano sella nuestra frente “con la cruz gloriosa de Cristo”, ungiéndonosla con el óleo santo, unción espiritual, que nos hace “imagen perfecta de Jesucristo”. El Padre nos unge en las manos del Hijo con su Espíritu. “Es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo, el que nos ungió y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones” (2Cor 1,21; Ef 1,13; 4,30; Cf. Gen 17,11; Rom 4,11; Col 2,11-12). Así nos “configura más plenamente con Cristo”. Somos propiedad del Señor. Pasamos a sus manos en su misma misión. Enviados en el Enviado, sellados en el Sellado para que él se haga presente en nosotros, para poner la mesa y abrir el camino de su Reino. “Participamos así más plenamente en la misión de Jesucristo”, con marca espiritual indeleble, “el carácter confirmal”, que nos convierte en apóstoles y testigos. Gesto de derecho, que nos asocia al Enviado, al Sellado, el Esperado. Desde él y para él.
- **“El don del Espíritu Santo”**. El Padre, por las manos heridas y encendidas del Hijo entronizado, nos da el Don, es decir, el Espíritu Santo (Hech 2,38b). Enviados en la misma misión del Hijo, el Ungido, somos alentados en su mismo Aliento. “Ser crismado es lo mismo que ser Cristo, ser mesías, ser ungido”. El don del Espíritu Santo, que nos penetra hasta el fondo es *fortaleza* para el testimonio apostólico, llamada a consumarse en el martirio. Pero la fortaleza se hace *luz*. La unción nos descifra el camino del misterio del Ungido (1Jn 2,20.27; Jn 14,16-17; 15,26-27; 16,13-15), para confesar a Cristo públicamente por encargo. Pero la unción que es fuerza y luz, se hace *apoyo, protección y garantía* (Ap 7,1-3; 9,4; Ez 9,4; Is 44,5; 49,16). Solo el Cordero abre los sellos de la historia (Ap 5,1-14) y los sellados con su sello (Ap 14,1; 22,4) harán frente a la Bestia, amaneciendo a la fiesta de su amor esponsal sin ocaso. Ahora ya, teniendo “las arras del Espíritu” (2Cor 5,5; Rom 8,23), va aclamando y existiendo su travesía como “buen olor de Cristo” (2Cor 2,15), el “buen olor de las buenas obras, fermento de santidad en el mundo”.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 30/5/1999*

14. La CONFIRMACIÓN (VI) Más cerca de su Mesa y más adentro de su corazón.

Palabra viva: 1Corintios 11,23-31

LG 11. SC 7-10. 71. PO 5. DCN. RC. 13. 40-43. RICA 2. 36

CEC: 1285. 1303. 1323-1327

Parábola

Estamos contando la historia de amor de los padres, en la familia, en la casa y en el camino. El abrazo primero fue para dar a los hijos el propio ser. El segundo para pasarles su encargo. El primero es comenzar la vida, el segundo al comenzar la madurez. Pero tanto estos dos abrazos fuertes, como los incontables pequeños abrazos de cada día, parten de la mesa y a la mesa conducen.

- **La mesa, punto de arranque.** La entrega de la mesa, a la caída de la tarde es la entrega mayor, pues en el pan que parten, sacándose del cuerpo, se dan ellos mismos a sí mismos, en todo su amor sin medida. Desde la mesa, ellos dan a los hijos el abrazo primero, de pasarles la vida, para que sean corro de hermanos, y el segundo de pasarles el encargo para que arrimen el hombro en la aventura de la casa común.
- **La mesa, punto de llegada.** La historia del amor que se hace y se dice en estos gestos, no es para que los hijos sean y caminen cada uno a lo suyo, cada uno por su lado. Al contrario. Estos dos grandes abrazos, el primero y el segundo, los atraen a la mesa común, les hacen más hijos y más hermanos y más herederos. Y por ello, inseparablemente unidos a la mesa del sacrificio, para el camino de la entrega.

Hemos contemplado poco la mesa común, que es en realidad, las manos abiertas y heridas de los padres, en el don total de sí mismos. Pero al ahondar en la parábola, esta mesa que es arranque y término se nos convierte en centro y cumbre.

- **Centro y cumbre,** para pasarse a las entrañas del padre, allegarse a él, con el mismo amor suyo que los allega, cerrando los brazos sobre ellos. Pueden así entrar a la misma ofrenda del padre, ofrenda y sacrificio por todos, en desmedido gesto de amor.
- **Centro y cumbre,** para estrecharse más hondamente unos con otros en la fraternidad. En el arranque del amor del padre, por ellos, pueden darse unos a otros y serse unos desde otros, en una unidad insospechada, en comunión de vida inseparable.
- **Centro y cumbre,** para lanzarse con más compromiso y valentía al camino para construir la mesa común. Valor para derribar todos los muros y arrancar todas las cadenas. Gran valor para acoger a los pequeños y encumbrarlos al centro de la mesa.

Misterio

En la celebración de la confirmación debe “brillar con mayor claridad la íntima conexión de este sacramento con toda la iniciación cristiana” (SC 71). Los hermanos renacidos en el bautismo y fortalecidos con la confirmación “son alimentados en la eucaristía con el manjar de la vida eterna” (DCN). “Son injertados de manera más plena en el Cuerpo de Cristo, mediante la participación en la eucaristía” (PO 5). SE ve bien que los dos grandes abrazos de amor que el Señor nos da en el bautismo y la confirmación, parten de la “Cena del Señor” y a ella conducen, en ella nos entrañan. La eucaristía completa, culmina y consume el camino sacramental de la iniciación cristiana, comenzando en el bautismo y plenificado en la confirmación.

- **La mesa del Señor, punto de arranque y término.** Es la fuente de donde mana su vida y es la cumbre hacia donde tiende su camino. El sacrificio eucarístico es “la fuente y la cima de toda la vida cristiana” (LG 11). En la Cena del Señor, memorial del sacrificio de

la cruz, el Señor se nos entrega él mismo a sí mismo con todo su amor, en su cuerpo entregado y en su sangre derramada. La sagrada eucaristía es “Cristo mismo, nuestra Pascua, pan de vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (PO 5).

- Del costado abierto del Señor, mana el agua y la sangre (Jn 19,30-34; 1Jn 1,3.39). Sus manos heridas y encendidas son la mesa. Su cuerpo entregado y su sangre derramada son todo su amor sin medida (1Cor 11,23-27; 12,12-13). El Aliento de Amor del bautismo y de la confirmación son el Aliento del crucificado Señor de la Gloria (Jn 3,3-5; 6,54-57: 1 Jn 5, 6-8; Heb 6, 4). Por ello el Espíritu de Pentecostés allega, aúna y arroja a los hermanos (Hech 1,8; 2,32-33; 2,1-11). Les entraña en el aliento del Hijo, les reúne en su Iglesia, les arroja en misión a la travesía de la tierra. Y a su vez “todos los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios, por la fe y el bautismo se reúnan, alaben y participen y coman la cena del Señor” (SC 10; Hech 2,37-47; 4,32-35). La mesa del arranque es la del término.
- **La mesa del Señor, centro y cumbre.** Ahora que, bautizados y confirmados, son más hijos y más hermanos, se pueden unir más plenamente a la ofrenda del Hijo al Padre por todos. “Abbá, Padre”. “Aquí estoy por ellos” (Rom 8,14-17; 26-27; Jn 17,1-3.7-19). En la mesa del Señor comen la carne del Hijo del Hombre y “se ofrecen a sí mismos con Cristo”, “el sumo sacerdote al Padre” (RICA 2). Así los bautizados y confirmados, se ofrecen por Él y con Él y en Él, al Padre, en la unidad del Espíritu Santo. En su mismo sacrificio, en su mismo sacerdocio (Rom 12,1; Heb 10,35). Los brazos del Señor que se cierran sobre ellos, al allegarlos al corazón del Padre, les aúnan en el Espíritu, mucho más, en la unidad de la Iglesia (1Cor 12,4-13,3; Ef 4,1-6) para “expresar la unidad del pueblo de Dios”, “ciudad redimida”. Así expresan de manera viva y concreta la unidad de la fraternidad que este santísimo sacramento realiza y significa maravillosamente. Pero estos brazos, que cerrándose sobre ellos, les han allegado a las entrañas del Señor y les ha hecho ser un cuerpo, en el Espíritu, se abren ahora más allá de ellos, para hacer la travesía de la misión, hasta que todos sean uno (Jn 10,16; 11,52; 17,20-26; Ef 1,19-23; 4,7-13). Así por una efusión más plena del Espíritu Santo llegará a ser la humanidad una familia. Y el universo una casa común, “en alabanza de la gloria del Padre” (LG 31.28). Por eso saldrán todos al camino evangelizando...

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 6/6/1999*

15. LA CONFIRMACIÓN (VII). La respuesta de la entrega....

Palabra viva: Hechos de los Apóstoles 2,14-41.

LG 11. SC 59. 64. 71. RC 3. 11-13. 25. 28-29. 104-106. RICA 9-26

CEC 1306-1310

CEE, Doctrina de la fe. Aspectos doctrinales SC. Revista Ecclesia, noviembre 91. 37-38. Conferencia episcopal española. La Iniciación cristiana. Reflexiones y Orientaciones. Ecclesia. Febrero 99. 12-25- 14-29.

Parábola

El hijo que está creciendo, se ve envuelto en el abrazo del amor de su padre. Aquellos brazos, que se abren ante él, que se cierran sobre él y que después se abren más allá de él. El abrazo

primero, de donde todo parte y a donde todo conduce, es el abrazo de la mesa, en la cena común. De ahí partió el abrazo, que parecía el primero, cuando el padre le entregó la vida y este abrazo segundo, cuando le pasa a su encargo. Tres abrazos que son un único abrazo, que les allegan, les aúnan, les expropian y les encaminan. De la mesa a la mesa. De la mesa al camino, para la última mesa. Desde luego los hijos amados así, son llamados a una respuesta de amor. Son libres para decidir, pero el amor los pro-voca y a-voca.

La respuesta de la entrega.

- ¿Cómo puede un hijo responder a tanto amor? Puede, porque antes ha sido amado primero. Son los brazos del padre, los que encienden la luz en los ojos, los que prenden fuego en el corazón, los que ensanchan y fortalecen las manos. La respuesta, en principio es un don. Al tiempo es la madre y toda la familia, la que ha respondido y va respondiendo al amor del padre. Y es también esta respuesta fiel, la que sostiene, descifra y hasta presta su palabra al hijo, que ha de responder por sí mismo, como persona que es, al tener la vida en sus manos.
- Al tiempo, el hijo, ha crecido. Desde pequeño ya era hijo, pero ahora está tomando la vida en sus manos. Era una persona y está empezando a madurar en conciencia, en libertad, en responsabilidad. Cuanto más alto y más hondo y más ancho es el abrazo del padre, tanto más le capacita, para dar esta respuesta de amor con todas sus fuerzas. El hijo se apoya en el padre, y luego se confía a él y por fin se entrega a él, en obediencia. Obediencia de la fe, que le abre al amor al padre, a la familia y a la casa, y le hace caminar con esperanza por el camino. La respuesta en la absoluta entrega.

El corte de la vida.

Llega un día, en que el hijo dice al padre, "Aquí estoy. Aquí me tienes". Es una vuelta al corazón del padre, que responde libre y conscientemente a la vuelta del padre al corazón del hijo. De conversión a conversión. Se pone de rodillas, rostro a tierra y le abraza los pies. Luego se levanta y se deja abrazar por el padre, amándole con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. El gesto supremo será la obediencia a sus manos, la entrega a su encargo. Allegarse a él, para darse a la familia y a la casa en el camino. Del todo en todo.

- Dejando atrás su vieja postura, su hombre viejo, de manos cerradas. Y por tanto renunciando al camino de la independencia, de la ambición, del apoderamiento, que tanto daño hace a todos y a él mismo.
- Y pasando a una vida nueva, de entrega a los padres, de compartir con los hermanos, de luchar en el camino. Pasos pequeños, pero en gestos y senda nuevos.

...en la obediencia de la fe

Misterio

El fuego del Espíritu de Pentecostés, se ha prendido en la Pascua del crucificado Señor de la gloria (Jn 19,30-34; 20,19-23; Lc 24,36-49; Hech 1,1-8). La mesa pascual, memorial del Señor (1Cor 11,23-27) es el centro y la cumbre, el arranque y el término. El abrazo primero que nos hizo hijos en el Hijo, y el segundo, que nos hizo ungidos en el Ungido, parten de la cena del Señor y a ella conducen (1Cor 12,4-13; Rom 5,1-8; Ef 1,3-19; 4,1-6; Jn 7,37-39).

Los tres abrazos son un único abrazo, en profunda e inseparable unidad. El Señor, en estos sacramentos de la iniciación, nos entraña en sus entrañas, nos reúne en su Iglesia, nos encarga su Reino, nos encamina en su senda. De la mesa al camino, hasta la última mesa. En este mismo

abrazo nos llama a una respuesta de entrega a su amor, nos pro-voca a la conversión. Desgarrado el corazón, preguntaban: “¿qué hemos de hacer, hermanos?” (Hech 2,37).

- La respuesta de la entrega

“Pedro le contestó: convertíos” (Hech 2,38). El Señor se ha vuelto por entero a nosotros, para que nosotros nos podamos volver por entero a él. Cuanto más grande ha sido el derroche de su gracia, más nos capacita para que podamos responder desde la hondura de la libertad. Sus brazos que nos entrañan, en aliento que nos enciende, agranda, purifica y sobrepasa el centro de nuestro corazón, nuestra última consistencia personal (2Cor 3,17-18). Su gracia enciende la luz en los ojos, prende en el corazón, fortalece las manos. Por eso la fe es un don, para que podamos pasarnos a sus manos en luminosa conciencia, en libre libertad, en verdadera responsabilidad (Rom 10,31-33). Desde la fe, por la fe, en la fe. La fe que comienza siendo el apoyarnos en él, y pasa a ser confianza infinita en él, y al fin es obediencia absoluta en él, en la confesión de su nombre (Rom 1,1-7). Rostro a tierra, abrazamos sus pies, y nos dejamos pasar a sus manos, en plena adhesión a Cristo el Señor, en la comunión de su Iglesia, en la necesidad de dar testimonio de él. Maranató. Abbá. “Jesús es el señor para gloria de Dios Padre” (Fil 2,6-11). Con la fe de la Iglesia, de su credo, con sus palabras. Al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. “Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro” (RC). Fe que hace comunión de amor, para el aliento de la esperanza. Fe, fundamento y raíz de toda justicia.

- El corte de la vida nueva

La conversión, que nos pasa a manos del Señor, para existir en él, desde él, en el aliento del Espíritu Santo, hace posible que acojamos en realidad de verdad, el abrazo del agua en el bautismo y el abrazo de la unción, el don del Espíritu en Pentecostés (Hech 2,38-41). Así nos dejamos adentrar y nos adentramos, en el corro de la familia, para poner la mesa y abrir el camino enteramente con él y para él. En verdad, en fidelidad creciente (Jn 14,15-17.23-26; 20, 18-21.26-27; Jn 16,5-7.12-13). Dejando atrás el hombre viejo (Col 3,5-15; Ef 4,17-32).

Este el verdadero sentido de las reuniones bautismales, ahora concienciadas y asumidas con verdadera responsabilidad. El corte de la vida en la carne, a la vida en el espíritu (Gal 5,16; Rom 6,12-19). Y al tiempo los pequeños pasos para el camino nuevo y vivo. Pasos en un camino de oración del Hijo en el Espíritu (Rom 8,26-27); pasos en la comunión de la fraternidad, compartiendo bienes, dones y vida (Hech 2, 42-47. 4, 32-35; 1Cor 12, 12-13, 8; Ef 4, 1-6). Pasos en el camino del compromiso por el Reino y su justicia, en la senda de las bienaventuranzas (Lc 4,16-22; Mt 5,1-12), que nos llevará a compartir la pasión gloriosa del Señor (Mt 16,24-27), dejando pasar la plenitud de su amor a la humanidad y al universo (Ef 1,15-23; 4,7-16) hasta los confines de la tierra (Hech 1,3-8). El Espíritu nos guiará hacia la entera fidelidad de la gracia, hacia la verdad plena (Jn 16,20-22).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 13/6/1999*

16. La Cena del Señor. [1] Nuestra Eucaristía

Palabra viva: Marcos 14,12-31

Concilio ecuménico Vaticano II. LG 11. SC 9-10. PO 5

CEC: 1322. 1326. 1329

A la Santa Misa la llamamos la Cena del Señor (Cf. 1Cor 11,20), porque es la cena pascual, que celebró el Señor con sus discípulos, la víspera de su pasión gloriosa. El relato de la entrega de su amor, en aquella "hora", nos lo cuentan aquellos primeros hermanos (Mc 14,22-25; Lc 22,15-20; 1Cor 11,23-25; Jn 6,51-57). Fue una cena de familia. Pero no la cena de un día cualquiera, sino la cena del día más grande de fiesta, la Pascua del Señor.

El centro

- Cuando miramos a nuestras casas, nos damos cuenta de que el centro del hogar es la mesa, donde los padres se sientan, donde el padre se entrega él mismo, a sí mismo, con todo su amor. En esta entrega llega a su corazón y entraña en sus entrañas a todos los hijos; y al tiempo los reúne, les hace ser un cuerpo; y al tiempo les alienta para hacer juntos el camino. Es todo su sacrificio, convertido en alimento, hecho pan.

"Nuestro Salvador, en la última cena, en la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su esposa amada, la Iglesia, el Memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, Banquete pascual en el cual se come a Cristo, el corazón se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (SC 47).

En este Memorial convertido en banquete, Jesús el Hijo amado del Padre, el único Hermano mayor nuestro, convirtiendo la cruz en mesa, se da Él mismo, a sí mismo, con todo su amor. Efectivamente se nos da "Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la vida a los hombres, por medio del Espíritu Santo" (PO 5). Todo el bien de la Iglesia, todo el bien de la humanidad, todo el bien del universo, todo el bien de los siglos.

La fuente

- La cena de la familia es la fuente. La entrega sacrificada de los padres en el pan partido es un manantial de cariño. Es el aliento para el camino. De la mesa se pasa siempre al camino. Todos salen al amanecer a trabajar: han de llevar adelante la familia, hacerla crecer, aunarla, ensancharla. Un aliento común, en el camino común. Como una mano abierta que se extiende. La mesa será más grande, los hermanos agrandarán el corazón, los pequeños serán más acercados al centro de la mesa, más cuidados, más alentados, en esperanza viva.

La Cena del Señor, nuestra eucaristía es la "fuente de donde mana toda su fuerza" (SC 10), "fuente de toda la vida cristiana" (LG 11). Por ello, con la fuerza de este alimento, los hermanos parten de la mesa al camino, para ensanchar el corro y construir la casa más grande. Salir a anunciar el evangelio a los que no han oído hablar del Señor (Rom 10,14-15). Así podían conocer al Padre, en el rostro de su Hijo y amarle con las entrañas de su Hijo (Cf. Jn 17,3; Lc 24,27; Hech 2,38). Así podrán entrar, con corazón convertido, a la familia común y aprender a caminar por las sendas de las bienaventuranzas (Cf. Mt 28,20). Pero tendrán que trabajar por la justicia en el mundo, con "toda clase de obras de caridad", para estar en el mundo sin ser del mundo, para ser fermento y luz del mundo, alentando a todos a glorificar al Padre común (Jn 17,11-17; Mt 5,1-16; Cf. SC 9). Saciados los hermanos con el sacramento de la pascua, alentados a realizar lo que hemos recibido. Por eso la cena del Señor, "la eucaristía enciende y arrastra a los fieles al urgente amor de Cristo" (SC 10).

La cumbre

- La cena de la familia es la cumbre. Del camino a la mesa. Lo que fue arranque ahora se hace término con acrecido amor. Vuelven todos con su trozo de pan y lo ponen en las manos del padre, para que él lo ofrezca, ofreciéndose ellos con él. Así se ahonda su amor de hijos, su comunión de hermanos, su responsabilidad para la casa común y crece la alegría y la acción de gracias. Y se añora una cena en fiesta sin fin.

La cena del Señor es “la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia” (SC 10), “cima de toda la vida cristiana” (LG 11). Toda la obra de la evangelización, todos los “trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor” (SC 10). Los hijos y los hermanos, se hacen más hijos y hermanos, al entrañarse en la mesa en las entrañas del Primogénito, corazón del Padre, abierto de par en par. “Marcados ya por el sagrado bautismo y por la confirmación, se insertan plenamente por la eucaristía en el cuerpo de Cristo” (PO 5). La hondura última de la comunión se ofrece a las manos del Hijo, se ofrecen con el Hijo, ofrecen la misma ofrenda del Hijo al Padre, en la unidad del Espíritu. “Ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen con ella” (LG 11). Entran así a la unidad de la fraternidad, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu. Y entran a la acción suprema de la entrega por el mundo, la entrega del Hijo, por la vida del mundo, que prende fuego al mundo. ¡Para la gloria del Padre, a la que tiende todo el camino! Pues en la cena del Señor nos asomamos a la cena final, de la fiesta sin término. Estamos en “la anticipación de las Bodas del Cordero” (Ap 19,9), cuando Dios será todo en todos (Cf. 1Cor 15,28).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 3/10/1999*

17. La Cena del Señor. [2] La mesa de la Palabra y el Pan

Palabra viva: Lucas 22,14-27

SC 43.51.56 DV 21. PO 4

CEC: 1349. 1353-1355. 1362-1372

La cena de familia es el centro y el arranque, el término y la cumbre de toda la vida y todo el camino. La cena del Señor es el centro y la cumbre, el arranque y el término del Misterio, hecho comunión y misión, en la Iglesia del Señor, que peregrina en el mundo hasta que Él vuelva.

Pero si ponemos atención a la parábola primordial de la cena en fiesta de la familia, encontramos en ella dos momentos: la palabra y el pan. Los padres, primero, ofrecen su amor en una conversación íntima; después acaban de entregarlo en el pan compartido. Así también la cena del Señor tiene dos momentos fundamentales: la palabra y el pan. La “liturgia de la Palabra” y “la liturgia eucarística”. “La Iglesia, sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y ofrecer a los fieles el pan de vida desde la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo” (DV 21).

La palabra

- El padre llega cansado del trabajo. Muchas veces agotado. Pasa del último lugar al primero, a la cabecera de la mesa, con el aliento de su amor. Su presencia hace corro. Todos en torno a la mesa, envueltos en su cariño. Es un encuentro vivo, íntimo, transformante. Comienza siendo una conversación compartida. Hablan todos en

diálogo. Pero la palabra, que está al principio, al medio y al fin, es la palabra del padre. Palabra que es amor. Puede ser que la palabra sea un sonido útil. Las palabras también son pensamiento luminoso. Pero la palabra más honda y verdadera, es un secreto de amor del corazón. Entonces la palabra es entrega. El padre se entrega al contar la historia de su amor. Habla con el aliento de amor. La palabra que dice es aliento de amor. Es una palabra que siempre se centra y se consume en el sacrificio, llevado hasta el final. Por eso enciende el corazón y abre los ojos, invitando a ofrecer las manos. La conversación allega a los hijos a sus entrañas, y les reúne en la unidad y les fortalece con amor iluminado, para el camino de la esperanza.

Cuando Jesús recorría los caminos llamaba a todos a sentarse en corro, en la mesa compartida del Reino del Padre. Allí les hablaba, el secreto de amor del corazón del Padre. Pero después de hablarles y curar a los pequeños poniéndoles a su lado, partía a todos el pan (Mc 6,34-44 p). Cuando llegó la hora de amar a los suyos hasta el extremo, les reunió en corro, en torno a la mesa, para darse él mismo a sí mismo en todo su amor. Les quería dar la misma entrega de su cruz gloriosa. En aquella última cena primero habla y después parte el pan (Mc 14,17-31; Lc 22,14-38; Jn 13,1-17, 26). Pero cuando el Padre le resucitó, pasándole de la muerte a la vida, del último lugar al primero, vuelve a encontrarlos a la cabecera de la mesa, con sus manos heridas y encendidas, para celebrar la cena, comenzando por una honda y misteriosa conversación, para abrazarlos, reunirlos y enviarlos (Mc 16,14-18; Mt 28,16-20; Lc 24,13-35; Jn 20,19-23; 21,9-14).

Es el mismo encuentro al que nos llama en la cena del Señor que celebramos. Él es el Hijo entregado y entronizado, rostro del Padre, palabra del Padre. En realidad es el Padre mismo que sale al encuentro amorosamente para conversar con nosotros. En la palabra de su Hijo, en su Hijo, que es su palabra encarnada, crucificada y glorificada. En el aliento del Espíritu que hace viva la palabra, y la hace memorial de la historia de su amor, consumada en la travesía de su pascua. Palabra que enciende el corazón y alumbró los ojos. Palabra que convierte, reúne y envía (1Tes 2,13; Hech 20,32; Heb 4,12). “Fortalece la fe, alimenta el alma, fuente pura y perenne de la vida en el Espíritu” (DV 21, SC 48-51. EM 10).

El pan

- El padre, después de conversar, parte el pan a sus hijos en el corro de la mesa. El pan que se saca de su cuerpo, su cuerpo mismo sacrificado, desgastado, entregado sin reservas, sin medida. En realidad es un sacrificio, el sacrificio de sí mismo. Palabra y pan son dos gestos de una misma entrega. En la palabra se da diciéndose, en el pan se da muriéndose. En su palabra de amor se descifra, en el pan se desentraña. Es una consumación victoriosa del amor. Por ello el amor llega hasta el extremo, en toda su fuerza, en su don entero. Y por esto este gesto último allega hasta el extremo, reúne hasta el extremo, encamina hasta el extremo.

Ya en el corro de los caminos, después de hablar a la muchedumbre, les partió el pan en un gesto que anticipaba la cena pascual de la consumación de su amor (Mc 6,41 p; Jn 6,51 p). Pero cuando llegó la “hora”, que tan ardientemente había deseado “tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio diciendo: Tomad esto, es mi cuerpo”. Luego tomó una copa y, dando gracias, se la dio y bebieron todos de ella y les dijo: “Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (Mc 14,22-24 p). Él mismo se entrega a sí mismo en su amor crucificado y glorioso, amor extremado y consumado. Cuerpo roto, sangre vertida. Alianza nueva desentrañada en la muerte en cruz, entre sus manos heridas y gloriosas, en el amanecer del día primero.

“Nuestro Salvador, en la última cena, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar

así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección” (Trento XXII. 17. 9. 1562. DS 1738-1759. Vaticano II, SC 47. LG 3. 35. PO 2.4.5). Este don último, consumado, victorioso, insuperable de su amor termina de encendernos el corazón y abrírnos los ojos y de ensanchar nuestras manos, si nos abrimos en la obediencia de la fe a acogerlo, a aclamarlo, a compartirlo, a pasarnos a él. La “palabra hecha carne”, el memorial de la pascua, pan vivo, palabra y pan, nos pasa a la misma vida del Hermano mayor en la vida del Espíritu Santo, y así por él, con él y en él y desde él, nos reúne en el cuerpo de la Iglesia y nos arrastra y encamina por las sendas del mundo, hacia la consumada recapitulación (1Cor 11,24b-26).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 10/10/1999*

18. La Cena del Señor. [3] Una mesa tan grande como el mundo.

Palabra viva: Mateo 28,16-20

LG 26.28. SC 42. 47. 106. CD 11. 30. PO 5-6. AG 37

CEC: 776. 849-860

La cena de una familia se agranda cada vez más. Los hijos van formando otras familias, van poniendo otras mesas, van abriendo otros caminos. Ahora son una familia de familias, una mesa mucho más grande, un camino mucho más compartido. Pero las manos del padre de todos, el pan partido entre esas manos, son en verdad también, el centro y la cumbre, el arranque y término de todos los caminos. La palabra y el pan, don entero del amor, allegan a todos, reúnen a todos, encaminan a todos.

Esta parábola primordial no es más que un pequeño diseño de la Cena del Señor, puesta por él mismo aquí en Torrejón, una mesa tan grande como el mundo. La iglesia de Cristo está verdaderamente presente aquí. Aquí el anuncio de su evangelio reúne a los hermanos, aquí “se celebra el misterio del Señor, “para que por el alimento y la sangre del Señor se vincule íntimamente toda la fraternidad del cuerpo” y así “se manifieste el símbolo del aquel gran amor y la unidad del cuerpo místico, sin la que no puede uno salvarse. En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, cuya fuerza consocia a la Iglesia una, santa, católica y apostólica” (LG 26).

Un único pan

- Los padres engendran a los hijos en sus entrañas y con sus entrañas los alimentan. Efectivamente, son el don más hondo de sí mismos. Les dan el ser y la imagen, en una familia para una mesa, hacia un camino. Por muchos hijos que sean, padre y madre, son los mismos. No hay más que un padre, el padre de todos. No hay más que un hermano mayor, no hay más que un abrazo de amor. En esas únicas manos consiste el corro de hermanos, la mesa común, la senda compartida. Pero cada noche, a la hora de cenar, aparece en estas manos un único trozo de pan, roto y compartido. El pan es el mismo amor de las entrañas que se da en sacrificio y comida. Cuando el padre les parte el pan les entraña más todavía en su cuerpo. Ya desde siempre le parecía que su cuerpo no terminaba en su cuerpo; sentía que su cuerpo se ensanchaba a toda la familia, y hasta le parecía que se ensanchaba a la mesa y a la casa, al camino y a la mesa. La cena les allegó a los hijos más aun al corazón, les entraña más en su cuerpo, cuerpo de la familia, cuerpo de la casa, cuerpo en el camino.

En la cena del Señor, él mismo se nos entrega por entero en su cuerpo. “Esto es mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24). En verdad en aquella mesa les abrazó en el sacramento del bautismo y en el sacramento de la confirmación. El Padre nos engendra con sus entrañas, las entrañas de su Hijo, de donde derramó el agua alentada de Espíritu (Jn 19,34). Ya somos su cuerpo, hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Somos ya un cuerpo y un espíritu (1Cor 12,12-13; 6,17). Pero ahora el Padre nos alimenta con sus entrañas, el cuerpo roto y la sangre vertida de su Hijo. Por eso los primeros hermanos, en la mesa del Señor, después de escuchar la palabra, mientras partía el pan, cantaban con júbilo. “El pan que partimos, ¿no es la comunión en el cuerpo de Cristo? Uno es el pan, un cuerpo somos los muchos, pues todos compartimos un único pan” (1Cor 10,16b-17). “En efecto, la participación en el cuerpo y sangre de Cristo, hace que pasemos a ser lo que comemos” (LG 26). Al entrañarnos ahora en su cuerpo (Jn 6,56-57), pasamos a “existir en las entrañas de Cristo” (Fil 1,6b) y a ser por él, con él y en él y desde él, el “cuerpo compartido” (*susomá*, Ef 3,6). La familia de la Iglesia es su cuerpo misterioso, pero también en alguna manera la humanidad, el universo y la historia entera. El Padre se lo dio todo a él y le dio como cabeza del universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud” (Ef 1,19-23). Así en las entrañas de Cristo, entrañas de la humanidad, del universo y de la historia, han pasado a ser cuerpo nuestro todos los hermanos, más aun los pequeños (1Cor 11,20-27; 12,22-26; Mt 25,40). Y en ellos el universo ha pasado a ser cuerpo nuestro, y cuerpo nuestro también la aventura entera de la historia (1Cor 3,22b-23).

Un único Hermano mayor

- En la cena de familia la mesa se ha agrandado. Un padre, un hermano mayor, un amor único, un único pan partido. Entonces una única mesa, un único corro, un único camino. Al ser todos los hermanos con-cuerpo, están entrañados, íntimamente vinculados, irremediabilmente solidarizados. En la única mesa, se sienta el único corro, a partir el único pan, para rastrear el único camino. “Si sufre un miembro, con-sufren todos los miembros, si es glorificado un miembro, se con-alegran todos los miembros” (1Cor 12,26). “¿Quién desfallece, sin que desfallezca yo?” (2Cor 11,29). El único Hermano mayor de todos, en su único cuerpo eucarístico de su Iglesia nos hace ser hermanos de todos, hermanos de los últimos, que pasan a ser los primeros en la mesa y el camino.

En el día de Pascua, en la mesa compartida, el Hijo amado del Padre, el “Primogénito de toda la creación”, “el Primogénito de muchos hermanos” (1Cor 15,20; Col 1,18; Rom 8,29), “el Señor de todos” (Rom 10,12b) y del “todo” (Fil 2,9-11), se puso en medio, a la cabecera de la mesa, y nos mostró las manos heridas y el costado abierto. Aquellas manos que habían derribado todos los muros: el muro que nos separaba del Padre, el muro que nos separaba de los hermanos, el muro que nos separaba de la creación; el muro, la trinchera del odio, que estructura la historia. “Paz a vosotros”. Pero fue entonces, en la misma travesía de su pascua, en la misma mesa pascual, en el mismo pan y en la misma copa, cuando nos envió en su misma misión y nos alentó su mismo aliento. “Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros” (Jn 19,21b; 17,18). “Id por todo el mundo, proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 18-19). “Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra” (Hech 1,8b). Una sola mesa, todos los hijos, en torno a ella (Jn 11,52). “Poneos en camino”. A la travesía entera de la tierra. Aquí ya todo el corro, aquí toda la mesa, aquí toda la senda, aquí mismo. “Yo estoy con vosotros” (Mt 28,20b; Mc 16,19-20). Y “les alentó el Espíritu Santo” (Jn 20,22b; 21,15a; Lc 24,49; Hech 2,1-11).

Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria

19. La Cena del Señor. [4] Para participar de lleno en su misterio.

Palabra viva: Romanos 12,1-21

Concilio Vaticano II. SC 6. 7. 11. 14. 19. 21. 27. 30. 41. 48. 50. 79. 90. 102. 114. 124

En la cena del Señor, el Hijo amado, desde el Padre, se entregó él mismo, a sí mismo, con todo su Amor, el Amor de su misterio pascual, en la unidad del Espíritu Santo. En torno al único altar, el memorial de la Pascua del Señor, no es una acción privada, es el "sacramento de la unidad", en donde tiene lugar "la participación plena y activa de todo el Pueblo santo de Dios". En las parroquias que "en cierto modo representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo" (SC 42). Allí en la celebración común de la eucaristía, en el domingo, día del Señor, en medio de la comunidad parroquial, peregrina y residente al tiempo. Allí, en el corazón de la iglesia, entrañas de la humanidad, del universo y de la historia, allí está la fuente viva, "la fuente primera y más necesaria en la que los fieles beben el Espíritu verdaderamente cristiano". "La madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a la participación plena, consciente y activa en los divinos misterios" (SC 14).

Con el corazón encendido

- Los hijos llegan a casa y se sientan a la mesa. Casi siempre vueltos a su propio corazón, al proyecto fuertemente amado de su vida. Miran pero no ven, oyen pero no escuchan, actúan pero no participan. Están ausentes. Pero la mesa, que es un derecho es también un deber; es un regalo, pero también es un encargo. ¿Por qué? Porque ellos son hijos, hermanos y herederos. Los padres con el amor de sus entrañas les engendraron, y con el amor de sus entrañas les dan de comer. ¿Qué ocurriría si abrieran los ojos al pan partido, el amor entregado, la fuente primera y necesaria de la mesa común y del camino compartido? Se les encendería el corazón. Y como el corazón es el centro de todo el ser personal, cuerpo y espíritu, en unidad irrompible, se les abrirían los ojos para ver y los labios para hablar y las manos para compartir. Participarían en la cena de familia, con participación íntima y por ello consciente, activa, plena, compartida. Es el amor que les acerca a las entrañas de los padres y les abre a la acogida, a la entrega, a la obediencia expropiada, por los hermanos y la casa y el camino común. Para la participación fructuosa.

También nosotros todos, cuando llegamos a la cena del Señor tenemos siempre los ojos vueltos al propio corazón, al proyecto recio y apasionante, que con gran responsabilidad tenemos entre manos. No es fácil sintonizar con el pan partido en la mesa común, con la palabra viva y el cuerpo roto del Señor, en los que él se nos entrega en el único y mismo Espíritu. Puede ser que estemos despistados, mudos y extraños. La mesa del Señor es un derecho y un deber. Por el sacramento del bautismo, consumado en el sacramento de la confirmación, el Primogénito nos estrechó contra su corazón y nos alentó su mismo Amor. Somos hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Por el bautismo y la confirmación somos sacerdotes, profetas y reyes por Él, con Él, en Él y desde Él. "Linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (1Ped 2,9; Cf. 2,4-5). Pero el corro está encendido de fuego, en la llama de amor viva del Espíritu. Es él, quien realiza la unidad de la Iglesia eucarística, que es Cristo mismo a la cabeza del universo, en el cuerpo misterioso de la comunidad. Un cuerpo y un Espíritu. Estamos pues arrastrados hacia su rostro, pues el corazón está encendido. Bastará un

gesto sencillo, una decisión libre de abrirnos al amor. Esa misma chispa inicia el encuentro, el diálogo, la comunión, la participación piadosa, consciente, activa, fructuosa, plena. Todo empieza con el gesto de la fe, que se hace amor, para la esperanza. Poco a poco, en el corro mismo, envueltos en el abrazo común, en la unidad del Espíritu Santo. El corazón encendido, es el centro de nuestra persona. Por eso el encuentro de fe amorosa, que comienza hace que participemos en el misterio con cuerpo y espíritu, interna y externamente. Desde la experiencia íntima de fe amorosa, de amor iluminado. La participación se hace “consciente”, las palabras y los signos se nos desvelan. Y así pasamos a la participación “activa”, participación con palabras que aclama, responde, que ratifica. Y participación con el gesto de estar de pie, sentados o de rodillas, aclamando, escuchando, adorando. Participando sobre todo con las manos abiertas para **ofrecer y comulgar, cumbre de la participación**. Intercalada por “el silencio divino” (SC 30.48). Concordando la palabra y el gesto con el corazón, en sintonía plena, para no recibir la gracia en el vacío (2Cor 6,1).

Con las manos ofrecidas

- El corazón encendido, alienta a extender y ofrecer las manos, manos que en el amor acogen más aun el amor de los padres. Manos que comparten más aun el amor con los hermanos. Manos que ofrecen más aun el amor a los pequeños, para la mesa de mañana. Así la cena de familia es fuente de intimidad, fuente de comunidad, fuente de solidaridad, fuente de responsabilidad. La cena misma entreaña a los hijos en el corazón de los padres, crea una verdadera comunidad de hermanos, compromete de verdad a la mesa compartida, estrecha las manos en el camino común. A medida que las manos ofrecidas de los hijos, pasan a la misma ofrenda de los padres.

Así ocurre en la Cena del Señor, “memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida futura” (SC 47). En la palabra y el pan, el Señor se nos da en todo su Espíritu sin medida. Ofrecidas las manos para escuchar, acoger, entregarse y pasarse a su amor, pasamos a vivir del aliento de sus entrañas, del latido de su corazón. Por él y con Él, en él y desde él, en la unidad del mismo Espíritu. La cena es así fuente de oración. Pasamos al Padre por él, en la unidad del Espíritu. En la obediencia de la fe que nos pasa a su misma obediencia. “¡Abbá, Padre nuestro!”, con manos abiertas que acogen. Y después estas manos abiertas comparten su amor. “Daos fraternalmente la paz”. La fe viva se hace caridad ardiente, comunidad de perdón y por ello de vida, de bienes, de dones. Y después estas manos abiertas, las ofrecemos entre las suyas, en su misma ofrenda, en la unidad del Espíritu Santo, “por la vida del mundo”, “hasta que vuelva”, para compartir con él el avance de su Reino. ¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz! La fe, convertida en amor, se hace esperanza viva y firme en la travesía de la misión, al despuntar la aurora. Pasando a su misma absoluta obediencia, en su misma ofrenda (Rom 12,1-2). Así los hermanos en la mesa de la palabra y del cuerpo del Señor, dando gracias “aprenden también, juntamente con él, y se consuman, siendo Cristo el Mediador, en la unidad con Dios (y entre sí) para que al fin Dios sea todo en todos” (SC 48).

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 31/10/1999*

20. La Cena del Señor [5] Adentrándonos en el abismo de su Amor.

Palabra viva: Mateo 6,5-14

LG 4, 10. 34. 42. SC 12. CD 15. PO 5. 14. AA 11

RICA 9-12. 15. 19. 21. 23. 25. 37-40

CEC: 2565. 2598-2615. 2652-2660

En la cena del Señor se enciende el corazón y se extienden las manos. En el aliento del Espíritu Santo suceden tres experiencias vivas, hondas, transfigurantes. El Señor, entre sus manos, en la palabra y en el pan, nos da todo el amor del Espíritu sin medida. Y así nos allega a sus entrañas, y nos aúna en la fraternidad, y nos arrastra a su misión. Este milagro lo realiza él en nosotros, pero para acogerlo, tenemos que abrir las manos, que acojan el amor, manos que compartan su amor, manos que ofrezcan su amor. En la unidad del mismo único Espíritu, en su cuerpo misterioso. Estos tres gestos dependen sobre todo de un gesto, que está al principio y al final. El gesto de poner nuestras manos en las suyas, entregándonos a él, a la fuerza de su gracia, en la obediencia de la fe. Después de compartir y participar en la sagrada liturgia, “el cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre en lo escondido; más aún, según enseña el apóstol debe orar sin interrupción” (SC 12).

Acoger el fuego del Amor

- La experiencia de la familia nos lo enseña. Ya pueden los hijos reunirse en la mesa a cenar con los padres, ya pueden escuchar su palabra en diálogo con ellos, ya pueden compartir el pan, entrelazando las manos, ya pueden escuchar las llamadas y encargos para el camino de mañana al amanecer. Ya pueden incluso dejarse encender el corazón e iluminar los ojos y hasta movilizar las manos. Se hace necesario antes y después de la cena un encuentro personal, íntimo, a solas, de corazón a corazón. Para acoger el amor de las entrañas y responder a él desde las raíces, en gran confianza, en total disponibilidad, en creciente responsabilidad. El amor de los padres se ha entregado por entero en la mesa, pero no puede ser acogido en realidad de verdad sin este encuentro íntimo, entrañable y transformante, a solas, en profundo intercambio. Solo así se adentrarán en el misterio y se entregarán por entero a su encargo.

El Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, se entregó él mismo a sí mismo con todo su amor. “Este es mi cuerpo por vosotros”. “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,24a.25a). Él mismo se entrega a sí mismo, desentrañando todo el misterio pascual en el aliento del Espíritu Santo. En su sangre, sello y don de la alianza nueva, la absoluta gracia, la entera novedad, la última plenitud. Por eso nos entraña en su cuerpo, en el mismo Espíritu (1Cor 10,16-17; 6,17), para pasarnos a su vida. Lo mismo que él vive desde el aliento de las entrañas del Padre, y desde el latido de su corazón, así también nosotros pasamos a vivir en él y desde él. “El que me come vivirá por mí” (Jn 6,56-57). Todo el abismo de la gracia de su caridad mana sobre todo de su cena, de su memorial, de su eucaristía. Pero no podemos acogerlo si no nos entregamos, cada vez más íntimamente a la oración silenciosa, para adentrarnos a la hondura de su misterio (PO 14).

La figura del discípulo a quien Jesús amaba lo expresa de una manera viva, ante nuestros ojos. Se recostó en la cena “en el seno de Jesús”, lo mismo que el Primogénito, estaba vuelto y recostado en las entrañas del Padre, “en el seno del Padre” (Jn 13,23.25), para entregarse por entero en sus manos a su voluntad (Jn 4,32). Encuentro que el Señor mismo prolongaba en silencio y soledad (Mc 1,35; Lc 6,12; Mt 26,33-44). Por eso insiste el Señor, “Tú, cuando vayas a

orar, entra en tu aposento y después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido” (Mt 6,6).

No basta pues, con sentarnos el domingo a la cena del Señor. Antes y después de la cena necesitamos retirarnos a puerta cerrada, a su encuentro, en la oración silenciosa e íntimamente personal. En casa, en una habitación, o en un rincón humilde. Un rostro del crucificado, Señor de la gloria, ante nuestros ojos. El rostro del Padre, del misterio escondido (1Cor 2,7-8). Allí, encendido el corazón en el Espíritu, que ora en nosotros, podemos abrir las manos y pasarnos a las suyas (Rom 8,26-27; 8,14-17). ¡Maranatá. Abbá! Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu Reino. Hágase tu voluntad” (Mt 6,7-15; Lc 11,2-4). “Es preciso orar siempre, sin desfallecer” (Lc 18,1; 11,9). “Orad constantemente, sin interrupción” (1Tes 5,17).

En la oración íntima y escondida

Este encuentro íntimo de amor partió de la cena de la mesa común. La cena era la fuente y la llama del encuentro. Allí los hijos miraban y cantaban, y escuchaban y se daban. Pero, ¿y si el hijo aceptaba un encuentro personal, íntimo, a solas con el padre? Pues allí le miraba y le contaba y le escuchaba y se daba a él, en sumisión personal, más íntimamente todavía. Qué bueno sería, si esto no terminara aquí. Y aquellos encuentros íntimos desembocaran en un encuentro común, donde se pusieran sobre la mesa los secretos y las palabras de todos, para escuchar y acoger, todos juntos el cariño y la palabra de los padres. Allí les mirarían, les contarían y se darían a ellos más íntimamente todavía. Pero si alguno estuviera ya casado llevaría esta misma experiencia viva al corazón de su familia, para pasársela a sus hijos. Y al fin volverían todos a la casa común, en familia de familias, para la cena, que no debiera terminarse nunca.

Así también en la gran familia, que Jesús reúne y encabeza en su mesa. Todos a la mesa del Señor, el domingo, el “día del Señor”. No podemos faltar. El amor suyo nos apremia y no reúne. De aquella mesa tomamos, el pan de la palabra, que se nos regala cada domingo: el evangelio (palabra y dibujo) con la oración común, que recoge la de todos (oración colecta). A lo largo de la semana buscar un tiempo sencillo, aunque al principio no sea muy largo. Tiempo de oración personal, silenciosa, íntima. El rostro de Jesús ante los ojos, la Palabra del evangelio entre las manos. Silencio. Soledad. Invocación humilde al Espíritu Santo. Entonces nos ponemos a mirarle y dejarnos mirar de él. ¡Véante mis ojos! Y luego le contamos, desahogando ante él nuestro corazón: problemas, sufrimientos, alegrías; nuestras y de los hermanos. Pero luego nos pasamos con amor a escucharle. Su Palabra es un secreto de amor, que llega a lo íntimo del corazón y lo enciende y lo alumbraba. Escuchar, dar vueltas al corazón, acogerle en la entraña última del corazón, dejar que nos ilumine y convierta y nos aliente el amor, sin medida. Así podremos abrir las manos, para darnos al Señor y volver al camino. “Aquí estoy. Hágase. Proclama mi alma la grandeza del Señor”. Confiarse a él, refugiarse en él, pasarse a él. Con manos abiertas y pies descalzos. En la obediencia de la fe, en alabanza a la gloria de su gracia. Mirar. Contar. Escuchar. Darse. No solo en la oración personal, sino en la oración comunitaria, en torno a un encuentro de oración común, que encienda las brasas del amor sin medida. Oración personal, oración de la comunidad, oración en familia. Y así volver a la mesa del Señor, término y cumbre.

*Los sacramentos del crucificado SEÑOR de la gloria
Catequesis mistagógica de iniciación cristiana. Torrejón/Salamanca. 31/10/1999*